

Interiorizar la misión del siervo del Señor a la luz del Período del Segundo Templo (516 a. C. – 70 d. C.)

por Nathan John Moser, profesor de hebreo y Antiguo Testamento

¿Son únicamente los de cierta clase social o religiosa quienes pueden ser agentes de Dios para transformar la sociedad? ¿Será posible que Dios nos quiera sorprender al enviarnos líderes de los lugares menos esperados? ¿Existe algún patrón para actualizar la palabra profética hoy en día? ¿Podrá un texto antiguo proveernos de algún paradigma y de la visión que nos permita romper con el racismo y las jerarquías fundadas en premisas falsas dentro del movimiento Cristiano? ¿Habrá que vivir siempre con reformas incompletas, en las cuales nos vemos envueltos, o puede que el deseo de una reforma completa de la sociedad nos sirva para reenfocar el eje de nuestra misión? La visión del Siervo del Señor (42:1-7), a la luz de su función durante el Período del Segundo Templo (516 a. C. – 70 d. C.), nos proporciona un patrón con el que responder a estas preguntas de enorme relieve para nuestros días. En concreto, el uso de textos y conceptos que se valen de la figura del siervo reenfochan la misión del siervo de cuatro maneras: 1) Se realiza una democratización de liderazgo dentro del pueblo de Dios; 2) Se provee un paradigma para una auténtica readaptación de la palabra por medio de las actividades proféticas de los escribas; 3) Relativizan la jerarquía y las distinciones étnicas, de razas o de clase social y; 4) Afloran expectativas para una reforma que realce la centralidad del Señor Jesucristo como enfoque de cualquier misión. Como base preliminar, será importante realzar el potencial que tiene la figura del siervo para la iglesia, para así vincular los cuatro aspectos de la misión del siervo en el Período del Segundo Templo con nuestra realidad de hoy.

En Isaías 42,1-7 la figura del siervo es el Israel de Dios que —luego— describe perfectamente la identidad y misión de Jesús (Mt 12). Pero, una variedad de textos dentro del Nuevo Testamento señalan que varios aspectos de la misión del siervo podrán ser vistos como paradigmas para la misión de la Iglesia de hoy. El Apóstol Pablo, por ejemplo, entiende que la misión del siervo de implementar la justicia ha sido transferida a la Iglesia (Hch 13,47). La interiorización de la misión del siervo, aunque mucha más clara en los primeros dos siglos de la Iglesia, empieza a actualizarse dentro del pueblo de Dios en el período del Segundo Templo. Willem A. VanGemeren comenta:

Dentro de la operación de Dios en la historia de la redención vemos conexiones internas entre los actos de liberación. Estas relaciones internas son tanto orgánicas como progresivas. Cada acto revela aun más en lo que se re-

fiere a la esencia de su cumplimiento. En el progreso del cumplimiento, el significado del oráculo se entiende con más claridad.¹

En concreto, sugiero que tanto el libro de Esdras-Nehemías como partes de Isaías 55-66 nos sirven como puntos de partida para explorar con «más claridad» la misión del siervo dentro de la historia de la redención. Los estudios de M. A. Sweeney, Gordon McConville, Dillard y Longman nos señalan como leer con «más claridad» en el Período del Segundo Templo.

M. Sweeney sugiere que el libro de Esdras-Nehemías entiende el retorno de los exiliados a la tierra como parte de la actualización del programa del «nuevo éxodo» —descrito en Is 40-55— potenciada por el siervo (Is 49,1-10). Por otra parte, sugiere que partes de Isaías 56-66 puedan proveer una base para reformas similares durante el Período del Segundo Templo.² Con la misma línea, G. McConville ha demostrado que Esdras-Nehemías emplea metáforas tanto de Jeremías 31 como de Isaías 40-66 interrelacionando textos complementarios. Es importante observar que la misión del siervo (42,8-9) forma parte integral de las reformas isaiánicas. El siervo lidera el retorno (49,6). Esto realza que el retorno del pueblo del Exilio se entienda como un paso más hacia el cumplimiento pleno de la profecía. McConville escribe:

Esdras-Nehemías evidencia una interpretación cuidadosa de textos particulares para poder aflorar la esperanza continua de que la profecía aún puede ser cumplida. A la vez, deliberadamente evitan pronunciaciones de que ha sido totalmente cumplida.³

Con éste marco interpretativo, sugerimos cuatro aspectos que demuestran con «más claridad» la misión del siervo y sus reformas en el Período del Segundo Templo.

Primero, los textos del Período del Segundo Templo realzan una democratización del liderazgo —un fenómeno bien reconocido a partir del Isaías 40. En concreto, la tarea del rey de implementar justicia se trasfiere al pueblo-siervo (41,8; 42,1). El rey —junto con Isaías— desaparece después del capítulo 39. La democratización de la tarea real es parte integral de Esdras-Nehemías: ¡Ni uno de estos reformadores eran reyes! Es la comunidad misma quien reconstruye el Templo y el muro de Jeru-

¹ Traducción mía de Willem A. VanGemeren, *The Progress of Redemption: The Store of Salvation from Creation to the New Jerusalem* (Grand Rapids: Baker Books, 1996), 150.

² M. A. Sweeney, "The Reconceptualization of the Davidic Covenant in Isaiah." En *Studies in the Book of Isaiah. Festschrift Willem A. M. Beuken*, eds. J. Van Ruiten y M. Vervenne. Louvain: Leven University Press, 1997,

³ Traducción mía de J. G. McConville, "Ezra-Nehemiah and the Fulfillment of Prophecy," *VT* 36 (1996): 206-224.

salén.⁴ Por otra parte, Sweeney observa que dentro de Esdras-Nehemías la distinción entre profeta y escriba deja de ser tan marcada. Esto demuestra que Esdras y Nehemías se percibieron a sí mismos como portadores de la reforma isaiana. En efecto, que lleve adelante, un escriba como Esdras, el programa profético fundamenta la posibilidad para la profecía escrital.⁵ Así como la tarea del rey se democratiza en el pueblo, pareciera que el rol del profeta se democratizara en los escribas. El hecho de que redacte un escriba el texto profético tiene profundas implicaciones para la lectura del Antiguo Testamento. Señala que el mero hecho de que haya sido un texto editado, no por eso es menos inspirado. De no ser así, no tendríamos al libro Esdras-Nehemías (y algunos otros), fruto de un escriba. Es decir, la voz de Esdras, simplemente por ser escriba, al entender sus reformas en relación con los oráculos proféticos de Isaías, no resulta que su texto se ubique en él no le coloca en el escalón más bajo de textos inspirados. Los textos redactados no implican que sean textos con menos aprobación divina. Como Christopher Seitz sugiere, el texto redactado en la providencia de Dios es señal misma del poder de la Palabra del Señor tras las generaciones (Is 40,8).⁶ En efecto, en la labor del escriba vemos un paradigma para la adaptación de textos proféticos a realidades contemporáneas, permitiendo así aflorar el poder transformador de la Palabra de Dios.

El siguiente aspecto que realza la continuidad de las reformas del siervo en el Período del Segundo Templo consiste en que se relativiza la jerarquía y las distinciones de razas o clase social dentro del pueblo de Dios. Si la democratización del rey al pueblo se percata a partir de Isaías 40, la definición de quienes son estos nuevos líderes se anuncia en Isaías 56ss: a saber, eunucos y extranjeros asimilados para continuar la misión del siervo. Son los menos esperados de la sociedad quienes llegan a ser los «siervos» del Señor (Is 54,17; 56,1ss; 65) De la misma manera, en Esdras-Nehemías existe un movimiento gradual hacia una visión de un pueblo de Dios hecho de muchas etnias y pueblos. Este tema se desarrolla por medio de un programa dentro de Esdras-Nehemias, reconocido como la descentralización de la santidad, que rompe los obstáculos que separan a los gentiles de los judíos. Dillard y Longman comentan de éste período:

La santidad ya no se restringe a ciertos lugares. Este tema se ve con claridad especialmente al reconstruir el Templo [516 a. C.]: la meta del retorno. Cuando se completa y consagra la estructura del Templo pareciera que hemos llegado al final del libro. Pero, la casa de Dios no se completa con el sólo hecho

⁴ Traducción mía de R. Dillard y T. Longman, III. *An Introduction to the Old Testament* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), 186

⁵ Sweeney, *The Reconceptualization of the Davidic Covenant in Isaiah*.

⁶ Christopher Seitz, *Word without End: The Old Testament as Abiding Theological Witness* (Grand Rapids: Eerdmans, 1998).

de terminar la reconstrucción del Templo (Esdras 6,15). El proyecto continúa y se reconstruye aún más de Jerusalén. Una vez terminada la construcción de los muros —también vistos como parte de la Ciudad Santa reconstruida (Neh. 11:1) [...] entonces empiezan las grandes ceremonias.⁷

Más concretamente, la santidad no se limita al Templo. La Ciudad Santa —añoranza de los exiliados en el retorno (Isaías 52,1)— descentraliza la santidad del Templo llevándola hasta los muros (45,13; 60,18): La misión de Dios en el siervo va más allá de los espacios sacro-santos (Is 42,4) generando expectativas de una misión que se extiende a todo espacio y nación. Los muros son —en efecto— las arras de una misión expansionista de las reformas del siervo. ¡Hasta los muros son santos!

Habitaron los jefes del pueblo en Jerusalén; mas el resto del pueblo echó suertes para traer uno de cada diez para que morase en Jerusalén, ciudad santa, y las otras nueve partes en las otras ciudades (Neh 11:1 R60).

Esta dinámica de la democratización e inclusión de líderes, como la descentralización de espacios sagrados se puede observar también en el libro de Ester, situado en el Período del Segundo Templo como expresión de las realidades vividas por la diáspora judía. Nos ayudan otra vez Dillard y Longman a captar ésta realidad:

El autor de Ester escribe a una comunidad postexilíca israelita que entendía muy bien los conceptos de servidumbre a una plétora de poderes imperiales: Asiría, Babilonia, y Persa les habían dominado y vendrían aún más: Nuestro autor afirma que los judíos no tienen que ser siervos en un mundo dominado por los poderes de naciones gentiles. Propone la posibilidad de vivir entre las naciones y mantenerse fieles al judaísmo a la vez. [...] Los eventos en Susa amenazaban la continuidad de los propósitos de Dios en la historia de la redención. [...] Aquí en una ciudad distante [muy lejos] de los eventos ocurridos en Belén, Dios —en su providencia— reinaba sobre la historia llevándola hacia la plenitud que aflora el Adviento de su Hijo quien destruiría por completo el muro entre judío y gentil (Ga 3,28).⁸

Tanto Isaías 56ss como Esdras-Nehemías y el libro de Ester generan expectativas de una comunidad laica agente de Dios, y redefinen los conceptos de santidad y espacio sagrado de una forma que rompe con patrones geopolíticos (y racistas) de su propio día. Estos conceptos tienen como su semillero la misión del siervo que recoge miembros de todas las naciones dentro del pueblo de Dios (Is 42,6).⁹ Esta visión glo-

⁷ R. Dillard y T. Longman III, *An Introduction to the Old Testament* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), 186.

⁸ Idem, 197.

⁹ Walter Rose, "Messianic Expectations in the Old Testament", *Die Skriffig* 35 (2001): 275-288..

bal del siervo, sin embargo, encontró obstáculos debido a tensiones provocadas por la clase alta de judíos. Robert Miller observa que éstas tensiones —que se ven reflejadas en textos postexilícos del Período del Segundo Templo— «demuestran [que la clase alta] tiende a definirse a si misma al definir a los demás».¹⁰ El querer excluir a los demás de la participación en el proyecto de Dios pareciera estorbar la visión profética. Pero, los textos postexilícos realzan que Dios sigue siendo libre para redefinir su pueblo mientras sectores de la comunidad del retorno viven en la xenofobia. La realidad del retorno a la tierra —y la falta de comunidad entre hermanos— sirve para realzar lo incompleto de la actualización de la misión del siervo. ¡Los textos postexilícos nos dejan queriendo más! ¿Puede la Palabra revelada ayudar en éste proyecto de una comunidad que trabaja «hombro a hombro»?

El siguiente aspecto que aflora en la misión del siervo es la interiorización de la Palabra. Como sugiere M. Sweeney, que exista la visión de un pueblo que extienda la palabra en todos los ámbitos sin distinción de raza, política o territorio implica que el siervo tendrá que primeramente interiorizar la palabra que proclama. El ejemplo de Esdras nos ilustra cómo la interiorización de la *Torá* —necesaria la postura del siervo (Is 50,4-10)— hace posible el éxito del programa de reforma en el Período del Segundo Templo. Esdras, como el siervo de 50,4-10, se dedica a la *Torá* consagrándose al ministerio de la palabra (Esd 7,10; Véase también Is 56,1ss). Por otra parte, la ley de Yahvé revelada en la *Torá* moldea las decisiones de los reformadores al reordenar la sociedad a la cual fueron llamados (Esd 7,1-10,44). Al usar Esdras la *Torá* como principio básico para reorganizar la sociedad corresponde su reforma con la reforma de la *Torá* en Isaías. En Isaías, el siervo reforma la sociedad por medio de su justicia y la *Torá* (Is 2,2-4; Is 42,4). Comenta Sweeney:

Así como la revelación de la *Torá* en el Monte Sinaí es guía para el pueblo e instrucción en las normas que espera Dios de su pueblo, la revelación de la *Torá* en el Monte Sion [Is 2,2-4, actualizada por el siervo en Is 42,1ss] también guía al pueblo dando tanto a Israel como a las naciones normas de comportamiento.¹¹

En concreto, sin la Palabra revelada e interiorizada por los nuevos agentes de Dios en el mundo, nunca habrá reforma porque la reforma del siervo —que crea nuevas realidades en la sociedad— es hecha posible sólo por la Palabra de Dios (Is 55,10-11). Es decir, es una reforma de la Palabra y por la Palabra.

¹⁰ En concreto, se refiere a la tercera parte de Isaías (56-66), Hageo, Sacarías y Malaquías. Robert Miller, "Popular, Ideological and Textual Dimensions of Postexilic Judean Culture," *EstBib* 60 (2002): 349.

¹¹ M. Sweeney, "The Book of Isaiah as Prophetic Torah", 65

Por último, lo incompleto de las reformas —ya sea por obstáculos que pone el pueblo de Dios o por los planes de Dios en la historia misma— hace que añoremos aún más la obra de Dios en nuestro medio. Existía siempre en el Período del Segundo Templo una esperanza de la purificación total del pecado y la derrota completa de imperios opresores. Escribe McConville:

El cumplimiento [pleno de la reforma isaiánica] sólo ocurre cuando al quitar el yugo del imperio también se abandona el pecado [...] [a la luz de Is 45,11-17] vemos una distinción entre «mis siervos» y «quienes abandonan al Señor [...] quienes olvidan mi santo monte». Existe, entonces, una tensión pronunciada dentro de Isaías 40-55 al hablar del pecado dentro de la comunidad [y quiénes son fieles a Dios]. La tensión distingue Is 40-55 de los otros textos proféticos que ven la restauración más integral, decisiva y definida por una purificación total de la iniquidad. [...] Esta tensión le era atractiva a Esdras porque le proveyó una forma de aplicar la profecía de la restauración de los exiliados. A su vez, al identificarse con la lucha por la justicia descrita en los últimos capítulos de Isaías —por implicación— se asocia con las esperanzas para un futuro mejor.¹²

Es decir, Esdras mira la tensión entre el mundo ideal y el Israel empírico y lo aplica a su día. El retorno a la tierra que efectúa el siervo también tendría que ser un retorno total a Dios. La misión del siervo, entonces, se cumple en el Período del Segundo Templo sólo parcialmente. Su cumplimiento pleno queda en espera del progreso de la redención. Faltarían aún actos de Dios que tanto aclaran la misión del siervo y la posibilita. Los justos en los tiempos de Esdras y Nehemías buscaban una mayor expresión de la actualización de la misión del siervo. Willem VanGemeren comenta:

En los tiempos postexílicos, el remanente de las doce tribus experimentó algo de estos beneficios. Pero, ellos también, añoraron una revelación mayor de la salvación de Dios. Antes de que naciese nuestro Señor, María y Zacarías expresan bellamente esta esperanza de los santos, así como lo hizo Simeón y Ana después de su nacimiento (Lucas 1:46-53; 67-79; 2:29-32, 36-39). Sus testimonios confirmaban que la esperanza de Israel y de los Gentiles se centra en Jesús, el Mesías.¹³

El Nuevo Testamento, entonces, revela con «más claridad» cómo interiorizar la misión del siervo y el programa isaiánico. Se trata de un proyecto de Dios que trae orden al mundo y es dirigida por la palabra revelada: es una misión encomendada a los laicos que no temen asociarse con personas de bajo estatus social (Ro 12,16); se

¹² McConville, "Ezra-Nehemiah and the Fulfillment of Prophecy," *VT* 36 (1936): 222.

¹³ Willem A. VanGemeren, *Interpreting the Prophetic Word* (Grand Rapids: Baker, 1990), 276.

trata de una misión que sólo se cumple al romper con las distinciones geopolíticas; una misión deseosa de adaptar la palabra profética a las realidades cotidianas y a la luz y con el poder de Jesucristo.

Resumiendo entonces, el uso de textos y conceptos que remiten a la figura o misión del siervo durante el Período del Segundo Templo (516 a. C. – 70 d. C.) reenfocan la misión del siervo de cuatro maneras: 1) Realzan una democratización del liderazgo dentro del pueblo de Dios; 2) Proveen un paradigma para una auténtica adaptación de la palabra por medio de las actividades proféticas de los escribas; 3) Relativizan la jerarquía y las distinciones de razas o clases sociales y; 4) Afloran las expectativas para una reforma mayor posibilitada por el Señor Jesucristo como Siervo perfecto de Dios. Que la Iglesia viva estas realidades será posible sólo en proporción a su interiorización de la Palabra leída a la luz de Cristo (50,4-10). Es esta Palabra en la cual esperan las naciones (42,4).